



ENTREVISTA

# Meliano Peraile. Recuento

Francisco Gómez-Porro



Con Meliano Peraile hubiera sido más cómodo quedar una tarde de viernes, en el Café Gijón, junto a sus amigos. Pero es mejor aquí: Puente de Vallecas, calle de Peña Prieta, hasta la plaza del Doctor Lázaro. Chiscones de bisuta, carnicerías liliputienses, despachillos de no se sabe qué, zapaterías en liquidación permanente y peluquerías unisex. y ancianos en mono, en zapatillas, en camisa, en pijama, entre meadas de perro y toboganes. Es mejor aquí, en Garganta de Aisa, piso tercero de un edificio bien conservado, huésped de solares y tapias por las que asoma, torrencial, el falso zumaque, habitante sempiterno de las escombreras.

Las solapas de los libros crepusculares de Meliano Peraile suelen ignorar la fecha de su nacimiento, no sé si por coquetería o por el vano temor de que la sola mención de su natalicio ahuyente al lector bisoño. Ni siquiera sus memorias carcelarias y literarias, recogidas bajo el título garcilasista *Lo que fuera mejor nunca haber visto (1939-1955)*, datan su nacimiento con precisión, guiño que delata ese flequillo circunflejo estampado en la frente, gajo y onda irreverente que ha conservado como distintivo de una bien cuidada dignidad en todo trance. Pero nació en Villanueva de la Jara, Cuenca, en 1922.

—Hay unos versos de César Vallejo que te cuadran con exactitud biográfica: «Luego, retrocediendo desde Talavera, en grupos de uno a uno, armados de hambre, en masas de a uno, armados de pecho hasta la frente, sin aviones, sin guerra, sin rencor/[...]retroceder aún y no saber/dónde poner su España, /dón-

de ocultar su beso de orbe, /dónde plantar su olivo de bolsillo.» Este fue el final de una aventura que para ti comenzó cuando te incorporaste como voluntario en el Quinto Regimiento cuando tenías catorce años.

—Sí, entre otras cosas, porque yo participé de esa desbandada general que tuvo lugar en Talavera de la Reina. Yo estaba de baja en mi pueblo, convaleciente de paludismo, después del desastre de

Extremadura, pero recibí la orden de incorporarme. Salí desde Albacete, enfermo y me dejaron en Almonacid de Toledo. Llegué a Ajofrín buscando mi Brigada y me encontré con una estampida general. Todo el mundo huía. En la vanguardia de la espantada me encontré con algunos mandos militares y políticos. Era el final. Echamos a correr en desbandada por campos y pueblos con el estruendo de los cañones de Franco machacándonos los oídos. En estas condiciones, a veces a pie, de día y de noche, llegué a Alcázar de San Juan. Pero la aviación bombardeaba la ciudad. La gente se refugiaba en la estación de ferrocarril. Partimos en medio del bombardeo, en un tren abarrotado que iba a Albacete. Creíamos que el siguiente paso era Alicante y desde allí el mar. Pero al llegar a Albacete nos dijeron que era inútil. Entonces regresé a mi pueblo, Villanueva de la Jara.

—¿Existían indicios de enfrentamiento en tu pueblo antes de la guerra?

— Desde luego. Hubo un caso muy feo. Ocurrió a comienzos de la guerra, cuando mataron al alcalde socialista del

## RESUMEN:

El escritor de Villanueva de la Jara (Cuenca) Meliano Peraile viene aquí en su doble condición de conquisado poco conocido en otros ámbitos de la Región (tarea a la que *Añil* se viene dedicando con ánimo en los últimos años) y como representante de esa generación de vencidos, de exiliados interiores, que resistieron, publicaron y explicaron su vida y la de sus gentes en los años duros e ingratos de la larga postguerra civil española. El autor de la entrevista sabe sacarle recuerdos, ambientes y emociones de aquellos años, sobre las abundantes dificultades y miserias, del escritor y de cualquier otro que quisiera vivir con dignidad en ese tiempo.

pueblo, Ricardo, un buen hombre. Yo trabajaba entonces como mozo de botica. Era el mayor de ocho hermanos y mi padre, aunque era secretario del juzgado, necesitaba mi aportación económica. Estudiaba el bachillerato en el instituto del pueblo. El caso es que por esas fechas, el Comité de Guerra, los radicales de izquierda, exaltados, prendieron al alcalde y se lo llevaron a Cuenca con el pretexto de unas declaraciones. Lo mataron en la carretera. Los culpables quisieron cargarle el muerto a nuestros vecinos de El Peral, un pueblo más modesto. Y a punto estuvimos de lanzar un ataque contra ellos en defensa del buen nombre de la causa republicana contra el fascismo, cuando la verdad es que habían sido otros muy distintos los asesinos. Mi padre intervino para salvar del linchamiento de un fascista huido de Iniesta, sobre el que los culpables cargaban el muerto.

—*Tú ya habías tenido tu bautismo en política, ¿no?*

—Muy breve. Fui secretario de las Juventudes Socialistas en el pueblo y participé en algunas campañas electorales en los pueblos de la provincia, en Motilla del Palancar, por ejemplo. Lo que ocurre es que la política lo llenaba todo. Más que política lo que había era un desfile de escopetas. Yo estaba muy significado. Mi padre, además, era dirigente de Izquierda Republicana, el partido de Azaña. Por eso, al acabar la guerra, fue encarcelado. A mí me pasó lo mismo. Al llegar al pueblo me detuvieron y me llevaron a la cárcel de Motilla del Palancar, que estaba llena de prisioneros de Iniesta y de los alrededores. Después me trasladaron a la Cárcel Provincial de Cuenca en la que permanecí algún tiempo.

—*Eso lo has contado muy bien en «Celda de la monja», relato perteneciente a tu libro Cuentos clandestinos.*

—Sí. De ahí me trasladaron al Seminario, habilitado como prisión. Allí había mucha gente de Cuenca. Recuerdo a Santiago Crespo, poeta; Celedonio Huélamo, inspector de enseñanza; Honorio Cortés, comunista, catedrático de latín en el Instituto; Aurelio Almagro, socialista, hijo de un famoso diputado. Luego se celebró un Consejo de Guerra que me condenó a seis años y un día de prisión mayor por «auxilio a la rebelión», una pena verdaderamente ínfima si se la compara con las de veinte compañeros juzgados ese mismo día. Diecinueve de ellos fueron fusilados, y al otro le cayeron doce años y un día.

—*¿Cuál era tu bagaje literario por esas fechas?*

—Ninguno. Curiosamente, yo empecé a tomarme en serio la literatura cuando pasé por la cárcel, después de la Guerra. Eso fue en el Seminario de Cuenca, habilitado como prisión. Era un lugar inhóspito. En la cárcel había tres libros: un *Quijote* manoseado, un libro de poemas de Gabriel y Galán y *El criterio*, de Balmes. Cada día uno de nosotros leía un capítulo del *Quijote*. Allí comencé a escribir una novela que iban dictando los contertulios. También hacíamos un periódico clandestino, manuscrito, un ejemplar para cada uno de los nueve departamentos de la cárcel. Pero de lo que guardo mejor recuerdo fue del libro de poemas que escribí y Alberto Cañete, de Tarancón, gran dibujante y con buena vena literaria, ilustró. Gracias a ese libro establecimos una buena relación con don Juan José, el capellán de las dos cárceles de Cuenca, que tenía una vena poética patriótica y mariana. Ello me valió convertirme en su secretario y redimir la mitad de la pena.

A fuerza de misas, orfeones litúrgicos, teatrillos, chotises, versos, tertulias en torno a un cubo de brasas, sarna y mierda, mucha mierda, Meliano Peraile, salvó la pellica. Leyendo se ve que Meliano hizo la transición por su cuenta y riesgo hace muchos años, antes que la transición y que el espíritu de la transición sobrevolara las aguas de la política española. Yo creo que Meliano ya

era un hombre de la transición desde ese día en que no pudo huir de España y se quedó en su pueblo a verlas venir, o a verlas morir.

—Al salir de la cárcel me encontré con que tenía 17 años. Mi padre había sido desterrado de Cuenca. Se vino a Madrid huyendo de las posibles represalias de sus paisanos y se trajo a mi familia. Mis hermanas se emplearon como sirvientas y mis hermanos formaban parte de la tropa de niños andrajosos que rebuscaban carbonilla en la estación de Las Peñuelas. Luego mi padre encontró trabajo en una empresa auxiliar de la Tranviaria Madrileña. En aquella cuadrilla ingresé yo también como peón. Allí casi todos éramos represaliados. Ganábamos 9 pesetas con 25 céntimos y trabajábamos ocho horas de pico y pala.

—*Es la época de los comedores de ratas, que has contado también en algunos de tus cuentos.*

—Sí. Pero no acaba todo ahí. Tuve que chuparme todavía tres años más de mili. Me destinaron al Servicio de Recuperación de Material de Guerra. Allí comencé a estudiar para practicante en el poco tiempo de que disponía. Luego trabajé de temporero en lo de las vías a la vez que estudiaba Magisterio. Más tarde, de mancebo de farmacia, hasta que, por fin, encontré trabajo en un laboratorio farmacéutico.

—*Tengo entendido que gracias al pelargón que proporcionabas de matute a los hijos de los escritores estos pudieron reservar intacta su pasión para Garcilaso.*

—Trabajé diecisiete años en esa empresa y estaba en condiciones de hacer algunos favores. Por mis antecedentes yo no podía hacer oposiciones. Mucho tiempo después pude ingresar en el Centro de Instrucción Comercial, donde trabajé veinticinco años como profesor de literatura.

—*Por los años 50 recalaste en la tertulia del Café Varela.*

—Antes, en 1950, tuve mi bautismo poético en “Alforjas para la poesía”, las sesiones poéticas del Teatro Lara. Las dirigía Conrado Blanco, que luego se hizo rico especulando con el suelo, en la Costa del Sol. De ahí salté a los “Versos a medianoche”, la tertulia del Café Varela, que dirigía Eduardo Alonso...

—*Una capilla de capotes falangistas.*

—Bueno, no creas, de todo había. La dirigía Eduardo Alonso, un hombre de negocios que lo había dejado todo por la poesía y se había arruinado; fue comandante de requetés. El más destacado era Mingote, siempre vestido de oficial del ejército nacional. Entre los derrotados se encontraba Juan Pérez Creus, que había sido comisario rojo, Alvaro Linares Rivas, sobrino de Manuel Linares Rivas, oficial, como yo, del ejército republicano. Nos unió la literatura y el vino. Por allí pasaron Alvaro de la Iglesia, Tono, Mariano Povedano, Adriano del Valle, Maruchi Fresno, Carmen Sevilla, Ana Mariscal, Aurora Bautista, Luis Rosales, García Nieto. Yo digo que allí comenzó la reconciliación nacional entre las derechas y las izquierdas.

—*¿Reconciliación o claudicación absoluta por una parte y aceptación tácitamente convenida por la otra? ¿O es que la literatura, Meliano, puede silenciar las convicciones políticas y sobre todo la experiencia de una guerra inmisericorde que dejaba atrás un millón de muertos?*

—Algo de eso había. La miseria moral y material alcanzaba a casi todos. Cada cual sabía muy bien dónde estaba por aquella época. Pero yo creo que había un deseo de superar todo el horror que habíamos vivido agarrándonos a la vida de verdad. O, sencillamente, era una manera como cualquier otra de no morir de asco, no sé. Allí la política no existía, sólo el deseo de pasarlo bien en torno a la literatura y al vino manchego. Lo demás, como he

dicho en mi libro, era una absurda «inflación de ripios». Por el año 54, Eduardo Alonso nos dejó la dirección de “Versos a medianoche” a José María Cirujano, que era de Toledo, Manuel Alcántara y a mí. Decidimos hacer una revistilla que se llamaba como la tertulia y de la cual llegamos a sacar cuatro números. Los sábados por la mañana me iba a escribir al Teide. Allí conocí a César González Ruano. El escribía en una mesa y yo en otra...

—Eso lo cuenta Umbral. Dice que Ruano escribía embaldado mientras que tú lo hacías premioso y pensado, pero que era lo mismo, las dos caras de la literatura.

—Algo de eso había. A veces hablábamos, pero poco. Luego coincidimos mucho en las Jornadas Literarias, que también estaban bajo control de los falangistas. A Pérez Creus y a mí nos invitaban con frecuencia, no sé por qué...

—Tu primera publicación fue en Arriba, un folletón por entregas. Luego vino tu primer libro de cuentos, *Tiempo probable*, editado por Alfaguara. Desde entonces todo han sido cuentos.

—Muchos cuentos. Doscientos veintiséis, exactamente.

—Villanueva de la Jara, tu pueblo, y Cuenca, son el escenario de los más conocidos. Tus cuentos funcionan bien cuando se mueven en el terreno del pueblo.

—De eso me he dado cuenta después. Sucede que siempre tengo presente aquello que dijo, creo que Ortega, de que la literatura es niñez fermentada.

—¿Vas por allí con frecuencia?

—No tengo casa. Y además... (Baja la voz y echa una ojeada a la cocina donde la sombra alargada de Teresa, su mujer, se presiente entre porcelanas fatigadas). Además, a Teresa no le gusta la gente, cree que todavía guardan contra mí alguna animadversión, cierto rencor, algo inexplicable que ella ve. Por los años sesenta hice el pregón de las fiestas de Villanueva y a la salida alguien me increpó. Intervinieron las autoridades para zanjar la cuestión. La derecha en mi pueblo no me perdonó nunca mi filiación izquierdista.

—O sea que mientras en Madrid publicabas en la prensa del SEU, en tu pueblo, Villanueva de la Jara, rechazaban.

—Es normal, en los pueblos se conoce todo el mundo y cuesta más olvidar.

—Hoy es distinto...

—No creas. Hace algunos años algunos propusieron mi nombre para la nueva casa de cultura, pero hubo un sector que se opuso de modo clamoroso.

—Las agonías, un romancero con influencias lorquianas y de Gabriel y Galán lo publicó Carlos de la Rica en su colección *El Toro de Barro*.

—Sí. A Carlos de la Rica lo conocí a través de Enrique Domínguez Millán y Acacia Uceta. Carlos hizo una gran labor editorial con su sueldo de cura. En Cuenca tengo algunos amigos: Pedro Cerrillo, José Luis Muñoz... Entre varios amigos fundamos la Academia Conquense de Artes y Letras. Como ves —me señala un lugar en la pared— tengo el título de miembro fundador y el sillón número 3. Luego surgieron algunas discrepancias con Carlos, y yo dimité...

—A Félix Grande le oí que eres uno de los escritores de izquierdas más coherentes que ha conocido.

—A Félix le conocí a poco de llegar él a Madrid. El trabajaba de repartidor en un laboratorio de Medicina y yo estaba ya

## OBRA PUBLICADA:

### NARRATIVA

- *La función*, Arriba, Madrid, Octubre, 1957.
- *Tiempo probable*, Alfaguara, Madrid, 1965.
- *Cuentos clandestinos*, Azur, Madrid, 1970.
- *Insula Ibérica*, Azur, Madrid, 1972.
- *Matrícula libre*, Doncel, Madrid, 1976.
- *Episodios Nacionales, I*, Azur, Madrid, 1978.
- *Molino de tiempo*, Olcadés, 1981.
- *Episodios Nacionales, II*, Azur, Madrid, 1983.
- *Un alma sola ni canta ni llora*, Libertarias, Madrid, 1985.
- *Fuentes fugitivas*, Casino Mieres, 1987.
- *Materia viva*, Libertarias, Madrid, 1993.
- *Solo en la soledad*, Huerga-Fierro, 1996.

### MEMORIAS

- *Lo que fuera mejor nunca haber visto* (*Memorias 1939—1955*), Libertarias, Madrid, 1991.

### NARRATIVA INFANTIL

- *El Chuchos y el payaso volador*, Anaya, 1988.

### POESÍA

- *Las agonías (Libro uno)*, El Toro de Barro, Gárgola, Madrid, 1970.

en la empresa del pelargón. He sido comunista toda mi vida, hasta la escisión de Carrillo, al que conozco bien. Me fui a Unidad Comunista, hasta que se disolvió. He llegado a la conclusión de que un Partido Comunista hoy en España y en Europa es absolutamente inviable, no es la solución de nada, sino más bien un gran problema. Ahora soy partidario de eso que se llama unidad de la izquierda.

—El verano pasado apareció un cuento tuyo en Blanco y Negro. Hace años, Umbral, que ya ha salido aquí, te metía en el grupo de Ignacio Aldecoa, Manuel Pilares, Medardo Fraile, Francisco García Pavón y Jesús Fernández Santos, y decía que habíais escrito los mejores cuentos de los últimos treinta años. El conquense Florencio Martínez Ruiz decía más o menos lo mismo en el prólogo a *Insula Ibérica*. Sin embargo, tu nombre no aparece en las nuevas antologías. ¿A qué crees que se debe esto?

—No lo sé. Los gustos cambian. En mi caso, además, pesa mucho el hecho de haberme especializado en un género minoritario como el cuento.

Un óleo de Iznola me hace guiños desde la pared. «Es Pastrana», me dice Meliano. «Son tejados», digo yo. Tejados podridos por la erosión del légamo, por ventarrones y solanos. Tejados espinosos, carriados, de teja curva y roja. Hay también una cosa de Ubeda, no sé. «Vivo en esta casa desde hace veinticinco años. Aquí me encuentro bien. Tengo otra en la sierra. Allí paso el verano», me explica, acompañándome hasta la puerta.

Ya dije que a Meliano se le encuentra los viernes por la tarde en la tertulia del Gijón. Otras lo veía uno en los actos programados por la Asociación Colegial de Escritores de España que gobierna un Andrés Sorel caprino y pasionario. Pero es mejor aquí: Puente de Vallecas, meca del paro y de la droga, España humilde del pan al mediodía, el boleto de la lotería, las alitas de pollo con blanco de Colmenar, la cola en la sucursal para la pensión y hasta mañana. Más sol, más camisas, más tiempo, más soledad y más pijamas. ■